

## **FRAY ANDRESITO: EL LIMOSNERO VENERADO**

*Daniel Palma Alvarado Christian Báez Allende*

“En la mañana de hoy ha dejado de existir el Hermano Lego de la Recolectión Franciscana Fr. Andrés García natural de las Islas Canarias: su caridad evangélica le había granjeado tal popularidad, que podemos asegurar sin ser desmentidos que no habrá una persona en la capital que no le haya conocido. El pobre de Santiago ha perdido con él un apoyo i el consola dor de su desgracia”.  
Diario *El Progreso*, 14 de enero de 1853.

El presente artículo cumple el propósito de dar a conocer la historia de uno de los más singulares personajes de nuestro pasado republicano: el limosnero y lego franciscano fray Andrés García Acosta, quien residió en Santiago hacia mediados del siglo XIX

Se trata de la historia de un antihéroe, de un hombre que no responde al perfil de “personaje histórico” acuñado por la historiografía chilena tradicional. No era un político, menos un militar, tampoco una autoridad eclesiástica, ni mucho menos un intelectual y además... ni siquiera era chileno. Sin embargo, durante gran parte del siglo XIX, fue venerado como un santo por ricos y pobres y gozó de tal notoriedad que *El Mercurio* de Valparaíso comentó, poco después de su muerte, que “pocos hombres pueden gloriarse de haber obtenido en Santiago más popularidad durante su vida, que el lego de la Recolectión Franciscana a quien comúnmente se llamaba fray Andresito”. Esta fama prosiguió, al punto que en 1894 se inició el largo proceso de canonización de este limosnero franciscano, proceso que aún no concluye.

Las preguntas que nos impulsaron a investigar este tema se podrían sintetizar en dos: ¿cómo este hombre sencillo y pobre llegó a gozar de tal reputación, que desde senadores y ministros hasta artesanos y mendigos, acudían diariamente a pedirle favores? y ¿qué dimensiones alcanzaba la popularidad de fray Andresito, como se lo llamaba cariñosamente en la época, incluso después de fallecido?

En primer lugar nos abocamos a la revisión de las historias generales de Chile que trataban el período comprendido entre los años de 1830 y 1860. Pero, para nuestra mayor sorpresa, no se hacía ninguna mención a nuestro personaje, siendo que las historias de Barros Arana y Encina, por citar las más clásicas, otorgan largos pasajes a quienes eran consideradas celebridades de este país. La omisión nos parece muy extraña, tomando en cuenta las repercusiones de la muerte de fray Andrés en la prensa nacional y la venta masiva de las distintas biografías que

---

*Universidad de Santiago de Chile  
Facultad de Humanidades  
Departamento de Historia*

*Contribuciones Científicas y Tecnológicas, área cs. Sociales y Humanidades, N° 118, abril 1998 27*

sobre él aparecieron a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX. De hecho, al revisar la prensa periódica desde 1853 en adelante, pudimos percatarnos de la profunda huella que fray Andrés había dejado entre los santiaguinos y, especialmente, entre los sectores populares.

Si bien es cierto que la prensa fue muy importante a la hora de vislumbrar la dimensión social que tuvo este limosnero franciscano, restaba un acercamiento a la intimidad y la cotidianeidad de fray Andrés y las personas que lo conocieron. Gracias a la gentileza del actual titular de la causa de canonización, fray Juan Rovegno Suárez O.F.M., tuvimos acceso a los pocos manuscritos de fray Andrés y a las únicas cartas de sus devotos y amigos que aún se conservan<sup>2</sup>. Asimismo, pudimos trabajar con los testimonios de quienes declararon desde 1894 en el proceso de canonización abierto desde entonces<sup>3</sup>. Con dicho material, más algunas biografías, pudimos reconstituir la rutina diaria y el tipo de relaciones que fray Andrés mantenía con la más amplia gama de personas de Santiago y sus alrededores, además de conocer un poco más acerca de la mentalidad de quienes entonces habitaban nuestra capital.

### ***Pues bien, situémonos en el Santiago de la primera mitad del siglo XIX... El escenario: Santiago de Chile y su gente hacia 1850***

Hacia mediados del siglo XIX, Santiago aún conservaba ese aire colonial que la había caracterizado durante los siglos precedentes. Menos de cien mil personas habitaban por entonces en la capital de la República de Chile, escindidas en dos clases de individuos: la “gente decente” y la “gente rota”. Ambos sectores compartían el habitat urbano y juntos participaban, pero no revueltos, de idénticas formas de vida, festividades, actitudes y valores.

Tal como señala el historiador argentino Luis Alberto Romero, en 1850 “Santiago era una ciudad residencial y burocrática. No cumplía ningún papel esencial en la vida económica chilena, pero lo mejor de los frutos del crecimiento del país revertía sobre la capital, donde habitaban viejos y nuevos ricos. Grandes hacendados, como los Larraín, comerciantes como los Cousiño o Matte, mineros de éxito reciente como los Ossa o Subercaseaux y funcionarios o militares, como Bulnes o Blanco Encalada, todos aspiraban a tener casa en Santiago y a pasar en ella la mayor parte del año”<sup>4</sup>. Algunas de estas familias poseían, además, propiedades en los alrededores de la ciudad como por ejemplo, los Ossa, dueños de la vasta chacra de Chuchunco al sur de la capital.

Por otra parte, desde la década de 1840 se estaban poblando los contornos del casco histórico de Santiago. Un número creciente de peones que deambulaban entre la ciudad y los campos situados en las inmediaciones de la capital comenzaba a establecerse poco a poco, erigiendo sus frágiles rancheríos en torno al recientemente construido barrio de Yungay, en la zona sur, llegando hasta el canal de San Miguel (actual calle Diez de Julio) y por el norte en la Cañadilla (actual avenida Independencia). De esa manera a lo largo de la década de 1850, se fueron conformando los arrabales de Santiago, donde se reproduciría la miseria rural y las costumbres de los nuevos habitantes de la capital.

<sup>1</sup> *El Mercurio de Valparaíso*, 17 de febrero de 1853.

<sup>2</sup> *Según nos ha informado el propio fray Juan Rovegno, fray Andrés acostumbraba quemar la correspondencia que recibía.*

<sup>3</sup> *Entre los testimonios examinados los hay de políticos connotados, religiosos y religiosas, profesionales, dueñas de casa, militares y artesanos.*

<sup>4</sup> **LUIS ALBERTO ROMERO, ¿Qué hacer con los pobres? Elite y sectores populares en Santiago de Chile 1840-1895, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1997, pág. 19.**

Mientras el peonaje urbano, la “gente rota” a los ojos de los grupos dirigentes chilenos, subsistía en condiciones insalubres en los márgenes de la ciudad, los ricos estaban viviendo una incipiente europeización que se manifestaba, por ejemplo, en la construcción de suntuosas mansiones y edificios públicos que empezaban a cambiar el tradicional rostro de la capital. La casa de Maximiliano Errázuriz (hoy la embajada de Brasil) o el palacio de la Alhambra de los Ossa, contrastaban con la típica casa colonial chilena y denotaban las nuevas influencias y los cambios que se harían evidentes desde mediados del siglo XIX.

No obstante, en los tiempos de fray Andrés “los puntos emblemáticos de la ciudad seguían siendo los heredados de la Colonia: los Tajamares, el Puente de Calicanto, la inconclusa Catedral, el palacio presidencial o el espléndido palacio de La Moneda, sede del gobierno desde 1845”<sup>5</sup>. También se construyeron en estos años algunos edificios públicos de importancia como, el Instituto Nacional, los Mataderos o la Penitenciaría.

En la sociedad santiaguina de las décadas de 1840 y 1850 se podían distinguir, por un lado, los sectores más pudientes y prósperos y, por el otro, los trabajadores urbanos, un peonaje itinerante y personajes marginales como los mendigos, vagabundos e indigentes que pululaban por las angostas calles en busca de trabajo o algo de caridad. Asimismo, se observaba la presencia de un pequeño núcleo de artesanos que todavía se situaba más próximo a los sectores populares.

Los ricos chilenos eran muy pocos. Según Santiago Arcos, en 1852 había unos cien mil “que labran los campos, laborean las minas y acarrean el producto de sus haciendas con 1.400.000 pobres”<sup>6</sup>. La mayor parte de estos ricos residía en Santiago, aunque por lo general mantenían sus negocios fuera de la capital. Sobre estos sectores se ha escrito bastante en la historiografía de nuestro país; conocemos sus actividades económicas, sus disputas políticas, sus gustos y sociabilidades, motivo por el cual no nos extenderemos en este punto. Baste recordar que se trataba de una clase que gozaba de amplios privilegios sancionados no sólo por las leyes sino también, por la costumbre.

Su poder no conocía límites y se expresaba en un sentimiento de superioridad captado muy agudamente por José Victorino Lastarria, cuando señala que “...todos los antiguos nobles y caballeros del país son todavía grandes propietarios, y como tales se han arrogado el derecho de entender o de influir en los negocios públicos, porque alegan que ellos son los únicos que tienen que perder, los únicos que arriesgan en cualquier trastorno. El gobierno busca en ellos su principal apoyo, oye su consejo, sigue sus inspiraciones, y mantiene así la superioridad que se arrojan sobre el pueblo, sobre la gran mayoría que se compone de pobres y de gentes de familia desconocida”. Así, pues, en la cúspide del Santiago de mediados del siglo XIX una aristocracia de origen colonial con un considerable poderío social y económico ejercía un claro predominio sobre los restantes sectores de la población.

Por estos mismos años ya se podía vislumbrar en la sociedad urbana un sector de artesanos que progresivamente se alejaba de los ranchos populares y comenzaba a distinguirse de la “gente rota”. Eran fundamentalmente ebanistas, carroceros, joyeros, modistas, constructores o litógrafos cuyas actividades giraban en torno a la creciente demanda de la elite chilena por la moda y diversos artículos que se consumían en Europa. El incremento de este nuevo tipo de artesanos se vincula también a la llegada de trabajadores extranjeros, sobre todo franceses y

---

<sup>5</sup> *Ibid.*, pág. 21.

<sup>6</sup> SANTIAGO ARCOS, *Carta a Francisco Bilbao, 29 de octubre de 1852, en HERNÁN GODOY (comp.), Estructura social de Chile, Ed. Universitaria, Santiago, 1971, pág. 202.*

alemanes, portadores de novedosas técnicas y capaces de satisfacer los caprichos de la “gente decente”. En un nivel más bajo permanecían los artesanos tradicionales, tales como: zapateros, carpinteros, panaderos o herreros, quienes cubrían la demanda de bienes y servicios de las principales urbes<sup>8</sup>.

Muy distinto era el panorama que ofrecían los sectores populares urbanos, hacinados principalmente en los arrabales que se estaban constituyendo por entonces en Santiago. Los ranchos se agrupaban uno al lado del otro sin mediar regulación alguna, mientras las enfermedades, la basura amontonada en las calles y los vicios formaban un cuadro inseparable de la cotidianeidad del pobre. El diario *El Ferrocarril* comentaba en 1859 respecto al barrio de la Chimba: “La calle es siempre la misma, el mismo empedrado, pésimo, infernal; ...casi los más días pasa anegada a causa de un derrame que se forma en la acequia de Castro. ... En tiempos de lluvia se forman allí pantanos que impiden a los vecinos el tránsito de noche y aun de día. Agréguese a esto que no hay sereno ni alumbrado en aquella parte de la calle, y se comprenderá si el vivir allí no manifiesta sobrado arrojo”<sup>9</sup>.

Por su parte, a las pésimas condiciones higiénicas y materiales en que subsistía la gran mayoría de las familias pobres, se sumaba la indiferencia casi absoluta de las autoridades edilicias. De hecho, el mejoramiento de los callejones oscuros y peligrosos, escasamente empedrados y fétidos por el hedor combinado de acequias y excrementos, no figuraba entre las prioridades de la municipalidad. Esta situación era advertida ya en 1850 por el periódico de la Sociedad de la Igualdad, *El Amigo del Pueblo*, que acusa a “los hombres del poder que miran con tanta indolencia circunstancias de que pende la salud de todo un pueblo” y denuncia que “gástanse no despreciables sumas de dinero en mantener una policía indolente, perezosa y de todo punto inservible” los que podrían destinarse mejor al aseo de los barrios populares<sup>10</sup>.

La situación laboral del pueblo urbano era igualmente precaria. El ingenio de la plebe permitió a muchos sobrevivir gracias a la venta de alimentos y frutas de los campos aledaños; otros se dedicaban al expendio de “comida rápida” en las calles y plazas, destacándose los vendedores de sopaipillas, empanadas fritas, mote con huesillo o tortillas de rescoldo. A estas ocupaciones se agregaban trabajos esporádicos en obras públicas, el empleo en el servicio doméstico de las casas de la “gente decente” o el alistamiento en las filas del ejército. Finalmente, un número apreciable de los pobres de la ciudad obtenía su sustento diario vagando y pidiendo limosna. Conviene añadir, además, que “para los patrones de esos años no existía ninguna diferencia digna de mención entre el peón-gañán, el sirviente doméstico, el soldado-recluta, el vagabundo, el regatón y el presidiario. Todos ellos tenían el mismo status social y se hallaban sometidos al mismo régimen de enganche y de salario represivo y punitivo. Durante su

---

<sup>7</sup> JOSÉ VICTORINO LASTARRIA, *El manuscrito del diablo, Santiago, 1849, en GODOY, op.cit., pág. 197.*

<sup>8</sup> Véase LUIS ALBERTO ROMERO, *La sociedad de la Igualdad. Los artesanos de Santiago de Chile y sus primeras experiencias políticas, 1820-1851, Ed. Instituto Torcuato di Tella, Buenos Aires, 1978, capítulo II y del mismo autor ¿Qué hacer con los pobres?..., op. cit., pág. 61.*

<sup>9</sup> *El Ferrocarril*, 13 de abril de 1859, citado en ROMERO, *¿Qué hacer con los pobres?..., op.cit., pág. 128.*

<sup>10</sup> *El Amigo del Pueblo*, 15 de mayo de 1850, en Sergio Grez (comp.), *La “cuestión social” en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902), Ed. Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Santiago, 1995, pág. 114.*

vida los peones mismos solían alternar entre una y otra de esas ocupaciones, de grado, o por fuerza”<sup>11</sup>.

Un lugar muy especial dentro de la sociedad de la época lo ocupaba el clero. En efecto, la Iglesia congregaba a ricos y pobres en las misas, procesiones y festividades, donde unos y otros acudían sin excepción y las diferencias sociales se hacían menos evidentes. Al tiempo que para la aristocracia, especialmente para los grupos conservadores dominantes, la Iglesia constituía un fundamental apoyo: el pueblo urbano veía en ella un brazo protector y recurría constantemente a los religiosos a contarle sus penurias. El enorme poder social de la Iglesia queda de manifiesto en las palabras de Lastarria, cuando sostiene que: “el clero podría hacerse soberano de este país en un momento; pero como limita su ambición al dominio espiritual, está contento con ser el dueño de las conciencias de todos. El clero es más respetado en Chile que el gobierno: un ministro, un magistrado, un general pasan inapercibidos [sic] por entre la muchedumbre, pero un padre o clérigo va dejando rastro por dondequiera que pase, porque todo el mundo se descubre”<sup>12</sup>.

En tanto, la vida eclesiástica proporcionaba a los pobres una de las escasas posibilidades para escapar a su desmedrada situación, pues “un hombre del pueblo con talento mediocre puede llegar a merecer en esta carrera las consideraciones que no alcanzaría en cualquier otra con un talento sublime”<sup>13</sup>. Es, como veremos, el caso de fray Andrés, un hombre sencillo a quien en su calidad de Hermano Donado franciscano se le abrieron todas las puertas de la capital.

Las relaciones sociales entre la “gente decente” y la “gente rota” eran en estos años muy diferentes a lo que sucedería desde la década de 1860 en adelante. A pesar de los contrastes socioeconómicos y culturales, ricos y pobres podían convivir juntos. “El modesto artesano tiene su tienda en el portal de la casa señorial o habita en su buhardilla, y nadie se incomoda por eso. El rancharío miserable se instala a un par de cuadras de la Plaza de Armas. Rotos y decentes se encuentran en las riñas de gallos, las carreras de caballos o los juegos de volantines, en el mercado, la plaza, la Alameda o la Pampilla... Juntos, a veces, mezclados pero nunca revueltos, decentes y rotos integran una sociedad en equilibrio, donde la posición de unos y otros es mutuamente aceptada y reconocida. La mirada paternal y dominante tiene su réplica en otra que acepta la subordinación, y ambas se integran en un universo cultural común, de raigambre criolla, que la incipiente europeización de la elite no alcanza a debilitar”<sup>14</sup>. Como se puede apreciar, estamos en presencia de una sociedad tradicional, donde los conflictos sociales no constituían todavía una amenaza a los ojos de los sectores dominantes.

En el Santiago de la década de 1840 y comienzos de la de 1850, la vida transcurría sin mayores sobresaltos; sólo el motín de Urriola de 1851 había interrumpido la rutina de sus habitantes, pero rápidamente la calma volvió a reinar en la ciudad. El pueblo permanecía al margen de las disputas entre liberales y conservadores, calificadas de “peleas de futres”. En la Plaza de Abastos se congregaban los vendedores de todo tipo de baratijas y comestibles, los arrieros y carreteros, los mendigos y vagabundos. En los portales y los costados de la plaza reinaba el bullicio y se entonaban canciones y décimas. Muy cerca de allí se paseaba la “gente

---

<sup>11</sup> GABRIEL SALAZAR. *Labradores, peones y proletarios: formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*, Ed. Sur, Santiago, 1989, pág. 235.

<sup>12</sup> LASTARRIA, *op.cit.*, pág. 198.

<sup>13</sup> *Ibid.*, pág. 199.

<sup>14</sup> LUIS ALBERTO ROMERO. ¿Cómo son los pobres? Miradas de la elite e identidad popular en Santiago hacia 1870, en *Revista Opciones*, N°16, Santiago, 1989, pág. 62.

decente” en la Plaza de Armas, luciendo sus nuevos atuendos y concertándose para las tertulias nocturnas o para tomar el té.

En este cuadro, de dominio paternalista aristocrático y subordinación cuasi pasiva de los sectores populares, quienes se llevaban la peor parte eran los seres marginales: locos, indigentes, niños abandonados o huérfanos, inválidos, criminales, vagabundos y mendigos. Todos ellos convivían con los pobres, pero no existía ninguna preocupación especial por estas personas en el Chile de mediados del siglo XIX. Sus problemas se confundían con los de la “gente rota” en general, mientras las autoridades los asociaban con vicios como el alcohol, la flojera y la ociosidad. ¿Qué hacer entonces?, se preguntaban los ricos a medida que el número de moradores de la ciudad crecía. En estos años, “la respuesta más tradicional pasaba por la caridad: los pobres [entre ellos los marginales], cuya existencia es natural en cualquier sociedad, tienen derecho a la limosna; los ricos tienen el deber de darla, y con ella ganan su salvación”<sup>15</sup>.

Quienes han estudiado este tema, muy escasamente abordado por la historiografía chilena, coinciden en señalar que la beneficencia y la ayuda a los desamparados corrieron principalmente por cuenta de la Iglesia. La falta de una política social estatal, motivó la creación de diversas instituciones que serían administradas por religiosos y financiadas con las donaciones de personas caritativas y limosnas que se pedían en las calles y casas de la capital. Así fueron surgiendo: casas de expósitos, asilos de ancianos, hospitales, etc., que llevarían una precaria existencia y sobrevivían gracias a los aportes de entidades como la Sociedad Chilena de Agricultura y Beneficencia, fundada en 1838, y una que otra contribución del Estado<sup>16</sup>. La recolección de fondos era una tarea ardua y muchas veces había que enfrentar la animadversión de las personas hacia los limosneros “que entran en las casas a incomodar hasta el cansancio”<sup>17</sup>.

En este contexto, sobresalió la figura del limosnero de la Recoleta Franciscana fray Andrés, quien vivió en Santiago entre 1839 y 1853. Atravesaba la capital de lado a lado, intentando aliviar sobre todo a la gente marginal, pero también se hizo acreedor del cariño de la “gente decente”. Gran parte de su popularidad se puede explicar en virtud del papel que desempeñaban las congregaciones religiosas en la labor caritativa y por las relaciones sociales que predominaban en aquella época. Sin embargo, Andrés poseía dones especiales que le valieron una fama de santidad cuya presencia se descubre a lo largo de toda la segunda mitad del siglo XIX e incluso, hasta el día de hoy, aunque en forma más limitada. Entonces, centremos nuestra mirada en este personaje tan querido por la gente de Santiago y sus alrededores.

### *Vida de fray Andrés García*

---

<sup>15</sup> *Ibid.*, pág. 65.

<sup>16</sup> Véase los trabajos de Maximiliano Salinas”, *El laicado católico de la Sociedad Chilena de Agricultura y Beneficencia 1838-1849*, en *Anales de la Facultad de Teología*, vol XXIX, N°1, P. Universidad Católica de Chile, 1978 y de Mario Cárdenas, *Grupos marginados en los inicios de la era republicana: vagabundos, mendigos e indigentes*, en *Cuadernos de Historia*, N°11, Universidad de Chile, Santiago, 1991. En ambos se analizan algunas de las instituciones que se preocuparon de la caridad y se relatan las dificultades que debieron enfrentar para poder funcionar.

<sup>17</sup> *El Independiente*, 28 de marzo de 1864, en DANIEL PALMA y CHRISTIAN BÁEZ, fray Andrés en la prensa nacional, 1853-1891, Santiago, 1993, inédito.

Son las siete de la mañana y una pequeña figura comienza a recorrer las calles de piedra y lodo de Santiago, habiendo transcurrido ya tres horas desde su despertar y primera misa.

Vestido con el hábito y las sandalias de siempre, no importando el frío o el calor, sale a pedir la limosna necesaria para el sustento de los demás miembros de su convento, la Recoleta Franciscana, y llevar alguna ayuda, material o espiritual, a los más desamparados.

- " ¡Qué tal fray Andresito!, ¿pa' onde va tan apura'o, 'ñor?
- Buenos días don José, voy a la casa de los Ossa.
- A la güelta me pasa a ver a la Meche chica, tá' fregá la pobrecita por la picazón. A ver si se toma un vasito e' leche por lo meno'.
- No se preocupe don José, la niña se va a poner bien y... guárdeme la leche para la tarde.
- Cómo usté' iga no ma'".

Aunque no siempre era recibido con la misma cordialidad, la mayoría de los santiaguinos lo reconocían en su camino. Los saludos, las curaciones, la generosidad o la indiferencia eran parte de su largo recorrido por la capital, que finaliza al esconderse el sol, entregándose nuevamente a las oraciones nocturnas.

Pero, ¿quién era este personaje con acento extraño que recorría las calles de Santiago?, ¿quién era este limosnero que repartía consejos y sanaba a los enfermos?, ¿cómo este hombre llegó a ser reconocido y admirado por la más amplia gama de personas del Santiago de mediados siglo XIX?

Andrés Antonio María de los Dolores García Acosta nació el 10 de enero de 1800 en Ampuyenta, isla de Fuerteventura, archipiélago de las Canarias. Los padres de Andrés se llamaban Gabriel y Agustina.

Sus primeros 32 años de vida los pasó en la isla, realizando labores de pastoreo de cabras y faenas de labrador. Sin embargo, el cambio en la situación familiar, como la muerte de sus padres y el casamiento de los hermanos, y las circunstancias difíciles de vida en un medio como el de la isla (escasez de agua, desarrollo débil de las actividades agrícolas, etc.), lo encaminaron hacia América a mediados de 1832. "Los movimientos migratorios masivos de las islas fueron provocados por las hambrunas periódicas, la escasez de trabajo, el elevado índice demográfico, sequías y por la política migratoria llevada a cabo por las Repúblicas de América y España"<sup>18</sup>.

El 11 de diciembre de 1832, Andrés García llegó a Montevideo, Uruguay, donde se encontraban, al parecer, unos parientes. Realizó labores de labrador, enfermero y vendedor de libros en esta ciudad. Sin embargo, sus inclinaciones a la vida religiosa lo acercaron al fray Felipe Echenagussia, quien sería su confesor, director espiritual y amigo. A mediados de 1835, Andrés ingresó al convento franciscano y en 1836 ya contaba con la condición de Hermano Donado (es decir, prestaba servicios a la Orden, sin estar ligada a ella mediante votos), destinado por el Guardián del convento, fray Hipólito Soler a la recolección de limosnas para la mantención de los religiosos.

El primer obstáculo para la carrera religiosa que Andrés había adoptado, fue el propio fray Soler, quien, según algunos autores, habría maltratado frecuentemente a Andrés, además de

---

<sup>18</sup> Fr. JUAN ROVEGNO O.F.M., *El siervo de Dios fray Andrés García Acosta (1800-1853), Publicaciones del Archivo Franciscano, Santiago, 1995, pág.27.*

enviarlo a pedir limosnas con el fin de mantenerlo alejado del convento<sup>19</sup>. Ello, no obstante, no inquietó a Andrés, a pesar de que se trataba de una actividad muy pesada y peligrosa. Según uno de sus biógrafos, “en efecto, él tiene que andar casi todo el día, tiene que avergonzarse en pedir para otros, tiene que ir siempre muy prevenido contra las injurias, burlas, amenazas, insultos y desprecios, que no son nada de raros en este penoso ejercicio; él tiene, por último, que ir muy sobre sí para no caer en peligros mil por donde quiera le rodean”<sup>20</sup>.

Debido a la persistencia de las diferencias con el Guardián Soler, Andrés se encontró nuevamente en la vida secular en 1837. Se desempeñó como obrero de la construcción en la Casa de Ejercicios del Obispado de Montevideo y luego como vendedor de objetos de devoción. Pero su vocación lo hizo entrar por segunda vez a la Orden, volviendo a los mismos trabajos que le asignaba Fr. Soler: barrendero, cocinero, portero y limosnero del convento.

Sucesos externos a la vida de los franciscanos forzaron a Andrés a desertar por segunda vez de la Orden. Ello porque en 1838 el general Fructuoso Rivera había encabezado una revuelta contra el gobierno de Manuel Oribe, apoderándose del poder el 1 de noviembre del mismo año. El nuevo gobierno disolvió la Orden Franciscana uruguaya, expropiando el convento con el fin de crear una universidad. Para poder subsistir, Andrés tuvo que volver a los oficios que había desempeñado antes de ingresar al convento.

Dadas las malas condiciones para la presencia de los franciscanos en Montevideo, el protector de Andrés, fray Felipe Echenagussia, decidió emigrar hacia la Recoleta de San Francisco en Santiago de Chile, invitando a Andrés en este viaje. El 8 de abril de 1839, ambos se embarcaron hacia Valparaíso en el barco *Floraville* y el 10 de julio fueron recibidos en la capital por el Guardián de la Recoleta fray José de la Cruz Infante.

En Santiago, Andrés encontró un nuevo hogar y se estableció de manera definitiva en el convento de la calle Recoleta. Su primera labor fue en la cocina, testimonio de la cual son algunas de las siguientes recetas que guardaba consigo:

- "Picadillo con carne sancochada majada al mortero, cebolla picada y poco caldo medio espeso, queda superior.
- Pebre: papas sancochadas majadas al mortero y carne sancochada hecha rebanadas y cebolla y caldo y queda supe[rrior].
- Ensalada con perejil: pan puesto en agua, se hace migaja, se da color con el perejil majado con un mortero y la carne cortada en rebanada como pan y se le da fuego lento. Una ensalada rica.
- Estofado: la carne hecha rebanadas, con cebolla, lo mismo con un poco de vino y

---

<sup>19</sup> Véase, por ejemplo, la biografía escrita por fray Manuel de la Cruz, Vida del Hermano Donado de la Recoleta Francisca, fray Andrés García, *Imprenta del Ferrocarril, Santiago, 1858, pág.28 o la Revista Católica, N°1303 del 1° de septiembre de 1892, pág.675.*

<sup>20</sup> VILLARROEL, *op.cit.*, pág.28. Uno de los testigos en el proceso de canonización de fray Andrés iniciado en 1894, Domingo Benigno Cruz, afirmaba al respecto: “Me consta de su paciencia para sufrir las incomodidades anexas a su cargo de limosnero, pues lo veía muchas veces llegar a mi casa fatigado por el calor...”. Copia Pública, Transumpti Processus Ordinaria auctoritate constructi in Curia Ecclesiastica S.Jacobi de Chile, super fama sanctitatis vitae, virtutum et miraculorum Servi Dei Fr.Andreae Philumeni Garcia Acosta, Laici Professi Ord. Minorum, volumen único, Roma, 1906, foja 229v.



grasa, espeso de irlo revolviendo con unos huevos en los platos. Muy rico.

- Guatas cocidas un día antes y hechas rebanadas y panes partidos echados de remojo y desmigaja [dos] y revuelto con el zumo del perejil majado, revuelto con grasa y aceite”<sup>21</sup>.

El 2 de agosto de 1839, Andrés tomó por tercera vez el hábito de Hermano Donado franciscano, iniciando su peregrinaje por Santiago en búsqueda de la limosna, no sólo para el convento, sino que también para huérfanos, viudas, presos y todos aquellos que estuvieran necesitados. El limosnero de la Recoleta, el poeta canario, el penitente nocturno de silicios y oraciones, se incorporó así, con la misma humildad que en Montevideo, a su nueva vida en Chile<sup>22</sup>. Desde entonces, la fama de fray Andrés comenzó a convivir con el Santiago de la década de 1840 y su deambular por las calles y los hechos prodigiosos que se le asignan pasaron a formar parte de la cotidianeidad de los habitantes de la capital y sus alrededores.

Fray Andrés se transformó en consejero espiritual de respetadas familias santiaguinas, labor que complementaba con una ejemplar vocación de servicio hacia aquellos sectores sociales más desprotegidos. Así, por ejemplo, entre los años de 1850 y 1851, junto al padre Francisco Pacheco, reunieron a muchos obreros en la “Hermandad del Corazón de Jesús”, institución que ayudaba a sus asociados espiritual y materialmente en caso de pobreza, vejez y accidentes de trabajo. Con el paso de los años, la Hermandad poseía en Santiago 17 capillas, escuelas y diversos talleres con 4.000 socios y 3.000 socias. Luego, esta institución religiosa de carácter mutualista, se extendería a Maipú, Rancagua y Valparaíso<sup>23</sup>.

Entre las múltiples actividades de fray Andrés sobresalía también la difusión del culto hacia santa Filomena y su profunda devoción hacia ella, al punto que agregó a su nombre el de Filomeno. Pero su reputación también fue creciendo producto de ciertas facultades curativas y paranormales. La levitación, la capacidad de “ver” sucesos a distancia o conocer los secretos más íntimos de las personas sin que mediara conversación alguna, están presentes en los testimonios de quienes lo conocieron<sup>24</sup>. A las peculiares recetas que proporcionaba a las personas que lo visitaban constantemente, se sumaban hechos prodigiosos realizados, según el, “por intermediación de Santa Filomena”. No obstante, fray Andrés contaba con una gran cantidad de medicinas naturales, pócimas y ungüentos que recomendaba a los enfermos y explican muchas de las curaciones que se le atribuyen.

En los primeros días de enero de 1853 fray Andrés regaló su bastón y comenzó a despedirse de la gente. Incluso, le pidió a Francisco Ignacio Ossa, uno de sus más cercanos amigos y

---

<sup>21</sup> *Escritos de fray Andrés, Archivo Iglesia Recoleta Franciscana de Santiago, sin clasificar.*

<sup>22</sup> *Respecto a los poemas, Andrés “...casi siempre los aprendía de memoria, y, en el comedor de los religiosos (donde por la gran festividad del día suele dispensarse la lectura) los pronunciaba algunas veces, y otras los cantaba al son de su pandero...”.* VILLARROEL, *op.cit.*, pág.52.

<sup>23</sup> *ROVEGNO, op.cit.*, pág.46.

<sup>24</sup> *Así consta en los testimonios de muchas personas que conocieron a fray Andrés, quienes, por ejemplo, narraron su aflicción al momento de registrarse la batalla de Loncomilla, el 8 de diciembre de 1851. Según fray Gregorio Vargas, “todo ese día el siervo de Dios estuvo en oración, lo vimos salir algunas veces y triste nos decía que moría mucha gente, y en la tarde que todo había terminado con felicidad”. La esposa del general Bulnes, en tanto, cuenta que supo de la suerte corrida por su marido en la batalla a través del propio fray Andrés ese mismo día.* Copia Pública..., *op.cit.*, fojas 218v y 384v.

benefactores, que mandara a decir misas por su alma. Aunque no fue comprendido en un comienzo, la realidad demostró que lo que Andrés anunciaba era cierto. Una violenta fiebre lo atacó el 9 de enero en medio de una fuerte pulmonía. Para bajarle la temperatura, un médico le practicó una sangría, pero todo fue en vano<sup>25</sup>.

El 14 de enero de 1853 Andrés dejó de existir a las 8 de la mañana, tal como se lo había declarado el día anterior a su confesor, el padre Pacheco. En sus funerales, "...los claustros se veían recorridos por muchas personas de nuestra clase alta, que venían a rendir el último tributo debido a la virtud, y de muchísimos pobres y artesanos, que aún cuando era día sábado, habían abandonado sus faenas para venir también a tributar este obsequio, o más bien dicho, a cumplir con este último deber para con su grande amigo<sup>26</sup>.

El descanso definitivo para fray Andrés llegaría recién en julio de 1855, cuando su cadáver tuvo que ser exhumado con el fin de trasladarlo a su sepultura definitiva. Grande fue la impresión para los testigos de la exhumación, al observar que el cadáver no presentaba los signos palpables de la putrefacción lógica en un cuerpo, tras dos años y medio de estar enterrado al lado de una acequia. En virtud de esta situación, el arzobispo Rafael Valentín Valdivieso ordenó la creación de una comisión para estudiar este misterio. El 15 de julio la comisión examinó el cadáver, no encontrando causas naturales que explicaran la conservación del cuerpo de fray Andrés. Firmaron el informe los prestigiosos médicos Lorenzo Sazié y Vicente Bustillos y el secretario de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile, Ignacio Domeyko<sup>27</sup>.

Durante todo el resto del siglo XIX, la figura de este humilde limosnero permaneció viva en la memoria colectiva de los santiaguinos, extendiéndose también hacia provincias. Esta fama de santidad de fray Andrés impulsó la tramitación de su causa de canonización a partir del 16 de enero de 1893. El titular fue el padre fray Guardián Julio Uteau. Con interrupciones, dicho proceso continúa hasta nuestros días, encabezado por el padre fray Juan Rovegno Suárez.

### ***El limosnero venerado***

“¿Cuántas veces no visteis S.S. a un hombre de estatura pequeña, de rostro moreno, de mirada agradable, de pasos lentos y moderados: cubierto con un burdo saco y en su pequeña cabeza un tosco y grande sombrero? ¿No visteis a ese hombre recorrer las calles de Santiago mendigando de puerta en puerta el alimento para sus pobres hermanos? ¿Y de esto no más se ocupaba? Ah! ¿cuántas ocasiones no le veríais entrar... a la casa del poderoso para aconsejarle la caridad con el pobre? ... ¿Cuántos le habéis visto llevar un socorro deseado, ya al extremo occidental, meridional o septentrional de nuestra ciudad, o ya a la casa del hospicio? ¿Cuántas penetrar hasta el más oscuro calabozo de la cárcel pública y consolar allí al cautivo en su desgracia?”

---

<sup>25</sup> *Parte de la sangre extraída a fray Andrés fue guardada por el padre fray Francisco Pacheco. Asombrosamente, hasta hoy en día esta sangre se conserva líquida. Los catorce de cada mes se celebran misas en nombre de fray Andrés en la Recoleta Franciscana, donde se exhibe la pequeña botella con sangre.*

<sup>26</sup> VILLARROEL, *op.cit.*, pág.144.

<sup>27</sup> *El informe de la comisión decía lo siguiente: "Santiago, 18 de julio de 1855: Los infrascritos, comisionados para inspeccionar el cadáver del lego fray Andrés García, de la Recolectión Franciscana, declaran haber procedido primero al examen del terreno donde permaneció*  
36 *Contribuciones Científicas y Tecnológicas, área cs. Sociales y Humanidades, N° 118, abril 1998*

### ***Discurso del Padre Villarroel en el funeral de fray Andrés el 15 de enero de 1853***<sup>28</sup>.

En esta parte final del presente trabajo examinaremos las labores diarias realizadas por fray Andrés, en donde frecuentó a todo el espectro social de aquella época. Asimismo, veremos las diversas peticiones que recibía este peculiar limosnero y que nos revelan también las inquietudes y preocupaciones de mucha gente hacia mediados del siglo XIX. Finalmente, queremos mostrar la fuerte presencia de la figura de fray Andrés en la memoria de los chilenos y chilenas, con posterioridad a su muerte; presencia que podemos percibir hasta el día de hoy en la Plaza fray Andresito del populoso barrio de la Recoleta.

### ***Rutina, encuentros cotidianos y popularidad***

Como hemos señalado antes, en el Santiago de los tiempos de fray Andrés, la vida no era fácil para la mayoría de sus habitantes. El gobierno no tenía la capacidad para satisfacer las demandas básicas de los más necesitados y los pocos organismos de beneficencia no daban abasto. En ese contexto, surgieron redes de solidaridad alternativas, vinculadas fundamentalmente a la Iglesia. fray Andrés se insertó en estas redes, recorriendo diariamente las calles con el objeto de contribuir al sustento de su convento y, con el permiso de sus superiores, aliviar a los desamparados.

El empeño que fray Andrés ponía en su labor de limosnero y la justicia con que repartía las donaciones, fueron construyendo una imagen confiable en torno a su figura. "Las personas acomodadas persuadidas de que ninguno sabría distribuir con más equidad los socorros que se prestan a la mendicidad; comenzaron a ser más pródigos en sus limosnas; así es que le vemos entrar diariamente a las casas más respetables de la capital, donde era recibido con el mayor cariño"<sup>29</sup>.

Con las limosnas que fray Andrés recolectaba, se pagaban los gastos de mantención del convento, se financiaban las labores caritativas de la congregación y se ayudaba económicamente en la remodelación de la propia Recoleta y sus imágenes sagradas<sup>30</sup>. Entre los documentos que consultamos está, por ejemplo, el recibo por 448 pesos y 4 reales que Fermín Vivaceta extendió al "hermano fray Andrés" a cambio de la construcción del altar de Santa Filomena, en la

---

*sepultado por el espacio de dos años, seis meses menos seis días: éste se encuentra inmediato a un acequia de agua corriente, de la cual probablemente ha habido infiltraciones; el suelo es de naturaleza arcillosa; nada se ha podido observar en la naturaleza del terreno que haya podido influir en la conservación del cadáver, que, acto continuo, se pasó a observar: no exhalaba olor alguno, a excepción del producido débilmente por la presencia del moho que lo cubría. El color, algo oscurecido de la cara, y casi conservado su aspecto natural en el resto del cuerpo; el cuello y los brazos permanecían flexibles; la percusión del tórax, así como la cavidad abdominal, han producido un sonido claro, como el de un viviente. Hecha una incisión en la pierna derecha, se notó que la masa muscular se había disecado, conservando, sin embargo, algún tanto su color natural". *Revista Católica*, N°1303, 1° de septiembre de 1892, pág.678.*

<sup>28</sup> *El Progreso*, 22 de enero de 1853.

<sup>29</sup> *El Progreso*, 26 de enero de 1853.

<sup>30</sup> Entre 1847 y 1853 "Andrés contribuyó al sostén de su orden y a la construcción del templo de su Iglesia, con más de cincuenta mil pesos". *El Mercurio de Valparaíso*, 21 de enero de 1853.

Recoleta Franciscana<sup>31</sup>.

Otra parte importante del dinero se destinaba a los más desposeídos de la ciudad y rápidamente fray Andrés comenzó a ser reconocido por su generosidad y caridad. Ello extendió el fervor hacia su persona, lo que es corroborado por la prensa: “Al tiempo que ejercía su destino, muy pocos eran los que no tenían que relatar algún acto caritativo ejecutado por él. La clase media, que era con la que estaba en más contacto; principió a expandir en la población un sin número de hechos que promovieron la curiosidad de todos ellos que oyeron relatarlo: todos se afanaban por conocer al benemérito Lego, y muy pronto Santiago entero se convenció de la verdad de lo que se decía, que bajo el ropaje ceniciento se ocultaba un corazón que deliraba por el alivio del menesteroso”<sup>32</sup>.

Los pobres sintieron desde entonces el apoyo de una mano solidaria, extendida por alguien como ellos. El zapatero Alejo de Jesús Espinoza comentaba al respecto que “a la vez que pedía limosna para el convento, pedía también limosna para socorrer a los pobres, y con frecuencia lo veía en la portería del convento distribuyendo pan y alimentos a los desvalidos, dándoles a la vez buenos y santos consejos para que fueran buenos cristianos”<sup>33</sup>. Movidado por su afán de servicio, fray Andrés se dirigía con frecuencia a las cárceles, hospitales y al hospicio con el fin de proporcionar ayuda a quienes ocupaban una posición marginal dentro de la sociedad santiaguina de la época. De hecho, “todos los días visitaba las casas de detención, el hospicio, los hospitales, etc. y jamás salía de estos lugares sin haber aliviado alguna necesidad, sin haber dado un saludable consejo”<sup>34</sup>.

Otra de las actividades cotidianas de fray Andrés era la visita a las casas de la aristocracia santiaguina, donde compartía con ellos, aconsejaba a los enfermos y recogía importantes limosnas. Así, por ejemplo, mantuvo una muy estrecha relación con la familia de Francisco Ignacio Ossa, “hombre muy acaudalado, muy piadoso y muy generoso y ocupaba una alta posición social por los puestos públicos que desempeñaba y porque podía considerarse como jefe del partido Conservador por las enormes sumas de dinero que gastaba en elecciones”<sup>35</sup>. fray Andrés acudía con frecuencia a la casa de los Ossa, siendo muy estimado por todos, según palabras de Macario Ossa, hijo de Francisco Ignacio, “uno de los grandes bienhechores del Convento de la Recoleta...”<sup>36</sup>. A menudo fray Andrés visitaba también a la familia del presidente Bulnes, cuya esposa Enriqueta Pinto sostuvo: “Traté al siervo de Dios fray Andrés, iba casi todas las semanas a mi casa; manifestaba mucho aprecio por mi familia y mis hijos le correspondían igualmente”<sup>37</sup>.

---

<sup>31</sup> *Cartas dirigidas a fray Andrés y otros papeles, Archivo Iglesia Recoleta Franciscana de Santiago, sin clasificar.*

<sup>32</sup> *El Progreso*, 26 de enero de 1853.

<sup>33</sup> *Copia Pública...*, *op. cit.*, fojas 199-199v. Dice fray Mariano Canales que “Los días domingos repartía en la puerta del convento pan y fruta a los pobres...”*bid.*, foja 105.

<sup>34</sup> *El Progreso*, 26 de enero de 1853. En idénticos términos se expresa el padre fray Francisco Pacheco en su testimonio. *Copia Pública...*, *op. cit.*, foja 82.

<sup>35</sup> *Testimonio de José Clemente Fabres*, *Copia Pública...*, *op. cit.*, foja 316. Cuando habla del dinero para las elecciones está aludiendo, naturalmente, a la intervención electoral en aquella época.

<sup>36</sup> *Testimonio de Macario Ossa*, *Copia Pública...*, *op. cit.*, foja 206.

<sup>37</sup> *Testimonio de Enriqueta Pinto*, *Copia Pública...*, *op. cit.*, fojas 382v-383. Véase también la nota 24.

38 *Contribuciones Científicas y Tecnológicas, área Cs. Sociales y Humanidades, N° 118, abril 1998*

La amistad y el respeto que amplios sectores de la clase dominante chilena profesaban hacia un personaje surgido del mundo popular, se refleja en las palabras de Agustina Mirette: “Pasé algunas vacaciones en la chacra de Chuchunco, de la familia del señor Ossa. fray Andrés iba allá algunas veces los sábados; pasaba el domingo y regresaba a Santiago o los domingos en la tarde o los lunes. El viaje lo hacía a pie y sin sandalias algunas veces, por camino muy malo. La chacra distará de la Recoleta Franciscana, de legua y media a dos leguas [8.5 a 11 kilómetros aproximadamente]”<sup>38</sup>. Francisco Echaurren, por su parte, se despedía en sus cartas a fray Andrés como “su afectísimo amigo”<sup>39</sup>.

Éstos y otros testimonios que se podrían citar, revelan que fray Andrés pasaba gran parte de su tiempo interactuando entre la “gente rota” y la “gente decente”, proporcionando ayuda tanto material (limosnas, alimentos, remedios) como espiritual (consuelo, consejos, oraciones) a quienes lo requerían, no sólo en Santiago.

Al analizar los remitentes de las cartas que llegaban a las manos del Hermano Donado de la Recoleta Franciscana, pudimos advertir más aún su influjo en la población. Las misivas provenían de lugares tan diversos como Freirina, San Felipe, Quillota, Valparaíso, San Fernando, Talca, además de Santiago. Del mismo modo, el juez José Clemente Fabres, quien entre 1849 y 1866 trabajó en La Serena y Talca, nos informa que “en dichas ciudades oí a muchas personas y repetidas veces hablar de la santidad, virtudes y milagros del siervo de Dios, sin haber oído nunca nada en contra de él”<sup>40</sup>. El respeto y la profunda devoción hacia fray Andrés se aprecian igualmente en la manera en que la gente se dirigía a él: “Reverendo Padre fray Andrés”, “mi único bienhechor”, “Venerable Hermano fray Andrés”, “Mi más respetado Padre”, eran los epítetos más comunes, para referirse a un “simple” Hermano Donado.

Todo este cariño popular hacia fray Andrés se manifestó especialmente durante su enfermedad, muerte y funerales. Señala *El Progreso* que “las puertas del convento estuvieron durante los días de su enfermedad invadidas por toda clase de personas, principalmente desvalidos; cada una con la mayor ansiedad preguntaba por su salud; cada una hacía fervientes votos por la vida de su protector”<sup>41</sup>. Entre la multitud que asistió a sus funerales de 1853 había toda clase de personas, quienes se congregaron para dar el último adiós a este querido limosnero de las Canarias; “...concurrió mucha gente a su entierro, yo misma vi gran número de carretas, caballos, coches y gente de la ciudad y de afuera. Yo misma asistía a la misa de entierro. El número de tan gran concurso era porque todos lo reconocían como un santo”<sup>42</sup>.

Idénticas escenas se vivieron en 1855, cuando el cadáver de fray Andrés tuvo que ser exhumado para trasladarlo a su actual sepulcro. Con la asistencia del arzobispo Rafael Valentín Valdivieso y gran cantidad de gente que repletó las calles vecinas al convento se llevó a cabo este segundo funeral. “Las exequias que hoy se han celebrado en la Recoleta Franciscana, con motivo de la traslación del cuerpo de fray Andrés del cementerio conventual a la mencionada iglesia, han hecho acudir hoy casi a medio Santiago al estrecho recinto de aquel templo. La inmensa concurrencia de fieles y curiosos que llenaban la plazuela de la Recoleta, y la viva ansiedad que expresaban todos los semblantes por ver y tocar el cuerpo del virtuoso lego, han

---

<sup>38</sup> Copia Pública..., *op.cit.*, fojas 591-591v.

<sup>39</sup> Carta de Francisco Echaurren Huidobro, Santiago, 25 de febrero de 1849. *Cartas dirigidas a fray Andrés y otros papeles, op.cit.*

<sup>40</sup> Copia Pública..., *op.cit.*, foja 312.

<sup>41</sup> *El Progreso*, 27 de enero de 1853.

<sup>42</sup> Testimonio de María Úrsula Guzmán, Copia Pública..., *op.cit.*, foja 450-450v.

dado a conocer ahora más que nunca la singular veneración y la popularidad que goza fray Andrés García”<sup>43</sup>.

Esta enorme repercusión social que fray Andrés provocó entre sus coetáneos, tuvo su contraparte en la dedicación que el lego franciscano demostró en la solución de los problemas personales de mucha gente.

### *Súplicas y peticiones*

Regularmente fray Andrés recibía una serie de peticiones de la más variada índole: pobres que demandaban ayuda económica, pecadores atormentados en busca de orientación, enfermos implorando su mejoría, mujeres descorazonadas, familias que pedían oraciones por sus parientes descariados o aficionados a los juegos de azar solicitando el número de la suerte.

Los ruegos dirigidos a fray Andrés para que intercediera ante Dios o santa Filomena por el bienestar de alguna persona eran de lo más frecuente. Muchas almas atormentadas se dirigían a él con el objeto de calmar sus tribulaciones existenciales. Así por ejemplo, Justa Maturana pedía que se le encomendara a Santa Filomena “pues ya parece que no hay fuerzas en mí para sufrir las contradicciones de esta miserable vida”; la religiosa Ana María Anaya le solicitaba “...me conceda un prudente confesor a quien declararle mi conciencia pues ya no puedo sufrir tantos remordimientos y llamamientos de la gracia, pero hay de que parece se encuentra mi alma padeciendo anticipadamente ya los tormentos del infierno...”; y Miguel Prado ofrecía 12 onzas de oro “seis para el convento y seis para que usted las reparta en la mayor necesidad que conozca” con el fin de que fray Andrés intercediera “por sacarme del infierno en que vivo y salvar mi alma”<sup>44</sup>.

Entre las peticiones también observamos un gran número de ruegos por la salud de las personas y remedios para aliviar las dolencias. Muchos de los enfermos que recurrían a fray Andrés, lo hacían luego de haberse tratado con los mejores médicos de la ciudad y cuando las esperanzas de una recuperación eran muy bajas. Haciendo uso de sus conocimientos médicos y, a veces, de facultades paranormales, sus tratamientos daban muy buenos resultados. Es más, prácticamente no había casa en Santiago donde no se hablara de alguna curación milagrosa hecha por fray Andrés<sup>45</sup>. El ex intendente de Santiago y ministro de la república Francisco Echaurren, declaró como había mejorado a su hermana, ya desahuciada por los médicos, después de un difícil parto<sup>46</sup>. También era muy difundida en la época una anécdota que narra cómo fray Andrés le había extraído a una niña el caracol que, jugando, se había introducido en su oreja.

En tanto, los remedios que fray Andrés proporcionaba a muchos enfermos eran muy requeridos por la gente y eran solicitados expresamente<sup>47</sup>. Los múltiples ungüentos y preparaciones los pudimos conocer entre sus manuscritos bajo el rótulo “Remedios para curar algunas enfermedades tanto internas como externas que suelen atacar a los pobres”. Para muestra

---

<sup>43</sup> *El Mercurio de Valparaíso*, 24 de julio de 1855.

<sup>44</sup> *Cartas de Justa Maturana*, Santiago, 30 de noviembre de 1852; *Ana María Anaya*, Monasterio de las Agustinas, 25 de octubre de 1852; y *Miguel Prado*, Talca, 27 de mayo de 1850. *Cartas dirigidas a fray Andrés y otros papeles*, op. cit..

<sup>45</sup> *Muchas de las personas que conocieron a fray Andrés refieren cosas como “sobre curaciones milagrosas todo Santiago es testigo de las innumerables que hacía todos los días”*. Testimonio de fray Mariano Canales, Copia Pública..., op. cit., fojas 108-108v.

<sup>46</sup> Copia Pública..., op. cit., fojas 402-404.

40 *Contribuciones Científicas y Tecnológicas, área cs. Sociales y Humanidades*, N° 118, abril 1998

un botón:

- "Para las enfermedades del corazón se le aplica exteriormente unos paños de agua del Carmen o de no, unos paños de vinagre con agua destilada, o aguardiente con agua; otras veces se le aplica interiormente una infusión de toronjil con unas gotas de agua de colonia o agua del Carmen.  
Los que padecen de flato, o hinchazón de vientre se le aplica una infusión de cogollos de ruda, o unas lavativas de la misma.
- Para el mal de garganta la chancaca con rosa, se le echa agua caliente y se hacen gárgaras.
- Receta para los tumores: se cuece un poco de linaza con leche como chuño y se 2 en un trapo y se le echa un poquito de aceite y se pone en la hinchazón.
- Remedios para curar heridas: las papas ralladas con unas goteras de aguardiente.
- Para el dolor de muelas: ... traer consigo una muela de un difunto y con ella frotar la muela que duele"<sup>48</sup>.

La fama de curandero hizo que muchas personas le escribieran a fray Andrés incluso sin conocerlo personalmente. Desde Talca, por ejemplo, Juan José Palacios afirmaba "...aunque no tengo el honor de conocer a vuestra paternidad me he tomado la confianza, apoyado en su buen corazón, de dirigirle esta, la que se reduce el amolestar [sic] su atención, y es que me haga la limosna por el amor de Dios Nuestro Señor el darme un remedio para mis enfermedades que padezco, lo amolesto [sic] por no hallar aquí ningún recurso"<sup>49</sup>. En fin, creemos que las actividades curativas desarrolladas por fray Andrés son uno de los pilares de su popularidad y reflejan de buena manera su cercanía con toda clase de personas de la sociedad santiaguina y provincial.

Por otra parte, los pedidos de ayuda material eran igualmente numerosos. "...padre, -le escribía Rosario Hernández al lego franciscano- dice la Rosarito que no se olvide de ella de encomendarle a Dios, y también de socorrerle con alguna limosna siquiera para zapatos"<sup>50</sup>. Frente a este tipo de súplicas fray Andrés demostraba todo su espíritu solidario, procurando el alivio de las necesidades espirituales y materiales de la gente más humilde.

Un comentario aparte merecen las peticiones de algunas mujeres que fueron víctimas del quebrantamiento de las esponsales o sufrían por causa de amores no correspondidos. La primera situación afectó, por ejemplo, a Carmen Román, quien se dirigió a fray Andrés en los siguientes términos: "... mi decisión es esta es que por amor de Dios me le pida a nuestro señor por una pobre que con palabra de casamiento se halla burlada y no puede conseguir que se case y así le suplica que me haga la limosna de pedir a Dios por el nombre de Santa Filomena que en diez y

---

<sup>47</sup> "Esta noche estaremos en esa... con don Santos Silva y este necesita un poco de ese unguento que le dio a su chico y le ha sentado muy bien: le hago esta prevención para que le tenga un poco para que le de después de la distribución". Carta de José María Estrada, Santiago, 10 de enero de 1851. *Cartas dirigidas a fray Andrés y otros papeles, op.cit.*

<sup>48</sup> *Escritos de fray Andrés, op.cit.* Nos gustaría recalcar el hecho de que se trata de recetas cuyos ingredientes estaban al alcance de cualquier persona y que revelan una fructífera tradición de la medicina popular chilena.

<sup>49</sup> Carta de Juan José Palacios, Talca, 16 de diciembre de 1848. *Cartas dirigidas a fray Andrés y otros papeles, op.cit.*

nueve días le pone de plazo...” Otros casos que pudimos constatar fueron los de Nicolasa Mellafe, “burlada de un caballero que me está entreteniéndome que se casa conmigo” y de una mujer que no se identifica, engañada durante seis años con la promesa de un matrimonio nunca concretado<sup>51</sup>.

Ascención López y su prima Juana Díaz, ambas de San Felipe, deseaban que sus enamorados se fijaran en ellas, escribiéndole a fray Andrés para que intercediera ante Santa Filomena con el objeto que “le toque el corazón a la persona con quien deseo tomar estado”. Las dos ponían un plazo para el cumplimiento de sus anhelos amorosos, cifrando todas sus expectativas en lo que pudiera hacer este “cupido franciscano”. Al mismo tiempo, pedían una pronta respuesta de fray Andrés para saber “si se conseguirá lo que pretendemos o no”<sup>52</sup>. Finalmente, una viuda que se dirigió en forma anónima al respetado limosnero, refiriendo “la desgracia de haber caído con un hombre casado [en] la pasión más ciega que usted se puede figurar”, fijó un plazo de ocho días para “que se me presente un hombre de una regular fortuna... y un hombre virtuoso”<sup>53</sup>. No sabemos si fray Andrés logró cumplir satisfactoriamente con esta petición...

### ***Culto y veneración***

Tras la muerte del Hermano Donado de la Recoleta Franciscana, lejos de desaparecer el culto en torno a su persona, siguió creciendo su fama de santidad. Entre los santiaguinos empezaron a circular rumores de milagrosas curaciones, luego de invocar el nombre de fray Andrés. fray Mariano Canales, por ejemplo, mencionaba las sorprendentes recuperaciones experimentadas por “la esposa del señor Amunátegui” y María Luisa Mac Clure de Edwards, situación que se sumaba a los hechos prodigiosos protagonizados por fray Andrés mientras vivió<sup>54</sup>. Hasta el día de hoy podemos observar la devoción y los agradecimientos por “favores concedidos” en las placas que los fieles no han cesado de colocar en la tumba del limosnero venerado.

Desde entonces, muchas personas no han dudado en calificar a fray Andrés como un verdadero santo, tanto a nivel de los más altos dignatarios eclesiásticos como en el plano secular. El Arzobispo Valdivieso confirma aquello cuando pronunció en los funerales de 1855 que “todos hemos tenido a fray Andrés por un santo sin por esto anticiparnos al juicio de la Santa Sede, esto no ofrece duda a nadie”<sup>55</sup>. Por su parte, políticos como Carlos Walker Martínez o Macario Ossa reafirman esta creencia en sus testimonios, “opinión que era no solo de personas del pueblo, sino también de personas graves”<sup>56</sup>.

El culto hacia fray Andrés también se verifica en otros planos, como la masiva venta de las diversas biografías editadas en el transcurso de la segunda mitad del siglo XIX. El Progreso

<sup>50</sup> *Carta de Rosario Hernández, Talca, 12 de marzo de 1842. Cartas dirigidas a fray Andrés y otros papeles, op.cit.*

<sup>51</sup> *Cartas de Carmen Román, sin lugar ni fecha; de Nicolasa Mellafe, sin lugar ni fecha; y Anónima, sin lugar ni fecha. Cartas dirigidas a fray Andrés y otros papeles, op.cit.*<sup>52</sup> *Cartas de Ascención López, San Felipe, 9 de enero, 26 de marzo de 1852 y sin fecha. Cartas dirigidas a fray Andrés y otros papeles, op.cit.*

<sup>53</sup> *Carta anónima, sin lugar ni fecha. Cartas dirigidas a fray Andrés y otros papeles, op.cit.*

<sup>54</sup> *Copia Pública..., op.cit., foja 113.*

<sup>55</sup> *Testimonio de Macario Ossa, Copia Pública..., op.cit., foja 208.*

<sup>56</sup> *Testimonio de Carlos Walker Martínez, Copia Pública..., op.cit., fojas 470v-471. fray Francisco Pacheco agregaba al respecto en 1894: “En todo Chile, especialmente en*



fue el primer medio en publicar y difundir, entre los días 25 y 27 de enero de 1853, la vida de fray Andrés. Durante todo el mes de febrero de ese año, periodo de vacaciones de la “gente decente”, esta relación fue publicitada en las páginas del diario con un éxito insólito para esa época. En pocos días se vendieron “más de dos mil ejemplares, a pesar de hallarse la capital en una temporada tan poco favorable para el expendio de libros y folletos, a causa de encontrarse ausente la mayor parte de la gente que lee”<sup>57</sup>.

En 1858 apareció la *Vida del Hermano Donado de la Recoleta Francisca, fray Andrés García*, cuyo autor fue fray Manuel de la Cruz Villarroel, hombre que había sido muy cercano al lego franciscano. Su obra se convirtió rápidamente en éxito editorial y posee la particularidad de haber sido impresa por un diario oficialista y laico como “*El Ferrocarril*”. A lo largo de todo el mes de abril de 1858 esta biografía fue ampliamente promocionada a través de un llamativo aviso en las páginas del diario.

Durante la década de 1890, Ruperto Marchant Pereira dio a luz su *Vida de fray Andrés*, muy solicitada por los santiaguinos y, sobre todo, por personas que no habían alcanzado a conocer a fray Andrés o sólo poseían vagos recuerdos infantiles. Ocho mil ejemplares de este libro se agotaron en las primeras dos ediciones; en 1895 siguió otra de cuatro mil copias más<sup>58</sup>. En una sociedad que aún presentaba elevados índices de analfabetismo, no deja de sorprender la enorme cantidad de libros vendidos, lo que ilustra una vez más la importancia de este personaje en la conciencia de los chilenos del siglo XIX.

Al parecer, otro lugar para recordar al lego fray Andrés y mantener vivo su recuerdo en las nuevas generaciones fueron las escuelas. Al respecto, podemos citar el testimonio del militar José Gregorio Díaz, quien señaló haber aprendido allí versos relativos al limosnero de la Recoleta Franciscana como el que sigue:

“Año de mil ochocientos  
fecha del cincuenta y tres,  
día catorce de enero  
murió el siervo fray Andrés”<sup>59</sup>.

Inmediatamente después de la muerte de fray Andrés, su retrato y pertenencias personales se transformaron en objetos de culto popular. “Habiendo expresado muchos de sus admiradores el deseo de tener una copia de sus facciones, se ha litografiado su retrato, que se vende en la agencia del Mercurio junto con el del actual Arzobispo. Todos los objetos que le pertenecían han sido demandados con empeño y pagados a precios de oro. Un caballero respetable que deseaba poseer uno de sus hábitos para que le sirviese de mortaja no ha dado por el más despedazado y roto menos de cien pesos...”<sup>60</sup>. Las imágenes del siervo de Dios adornaban las paredes de las viviendas de ricos y pobres, al punto que fray Feliciano Palma comentaba que no había casa en todo Santiago, donde no hubiera una imagen de fray Andrés<sup>61</sup>. Incluso en provincias se podía

---

*esta capital de Santiago, todo el pueblo, pobres y ricos, sabios e ignorantes, todos lo proclaman un santo, porque lo conocieron y vieron sus hechos prodigiosos. Esto fue mientras él vivió y después de su muerte, hasta ahora”. Ibid., fojas 85v-86.*

<sup>57</sup> *El Mercurio de Valparaíso*, 17 de febrero de 1853.

<sup>58</sup> Testimonio de Ruperto Marchant Pereira, Copia Pública..., *op.cit.*, foja 118v. Es preciso agregar que muchos de los testigos examinados en el proceso de canonización, declararon haberse aproximado a la vida de fray Andrés a través de esta biografía.

<sup>59</sup> Copia Pública..., *op.cit.*, foja 487.

<sup>60</sup> *El Mercurio de Valparaíso*, 17 de febrero de 1853.

apreciar esto: “Se que en las casas de muchos fieles hay retratos del siervo de Dios y en mi casa también hay uno, y otro hermano mío que vivía en Concepción... desempeñando el cargo de comandante de la guardia municipal también tenía otro”<sup>62</sup>.

En tanto, la prensa da cuenta de otras muestras del grande influjo de fray Andrés en la sociedad chilena, al informar, por ejemplo, de un pleito en torno a una mina de Plata en Tres Puntas llamada “Frai Andrés”. También está el pintoresco espectáculo denominado “Vistas Fantasmagóricas”, realizado en Santiago en mayo de 1858, donde “entre los cuadros que se exhibirán el domingo en la tarde, anunciamos particularmente la representación al natural del muy popular y conocido fray Andresito”<sup>63</sup>. Vemos como su imagen incluso era aprovechada con fines netamente comerciales, para atraer mayor cantidad de público a una función cultural.

Para terminar, la fe del pueblo hacia su limosnero se expresa en los versos de agradecimiento que le dedicaron, y siguen dedicando, numerosas personas. El poeta popular Bernardino Guajardo (1801-1886), sintetiza en su obra cuanto hemos querido demostrar a lo largo de este trabajo:

“Con la fe en el corazón,  
te canto, fray Andresito;  
porque yo con tu aceitito  
hoy escapo del panteón.

Gracias, bendito varón;  
gracias, enviado del cielo,  
que llegaste a este suelo  
a extirpar nuestros dolores  
y a darles a los pecadores,  
vida, salud y consuelo.

Que el bendito Creador  
te tenga en su santa gloria  
y vivas en la memoria  
de este mundo pecador.

Este modesto cantor,  
con entusiasmo infinito,  
cantará al santo leguito  
en prueba de gratitud,  
porque obtuvo su salud  
apenas dijo: ¡Andresito!

Y mientras viva, a mi vez,  
y me acompañe el talento,  
yo le cantaré contento  
al querido fray Andrés”<sup>64</sup>.

---

<sup>61</sup> Copia Pública..., *op.cit.*, foja 172.

<sup>62</sup> Testimonio de Genoveva Echeverría y de Lazo, Copia Pública..., *op.cit.*, foja 431v.

<sup>63</sup> Véase *El Ferrocarril*, septiembre y octubre de 1854 y 29 de mayo de 1858.

A todas luces, la popularidad de fray Andrés desde mediados del siglo XIX resulta un hecho indesmentible. Entonces, ¿cómo es posible que un personaje tan presente en la memoria de quienes lo conocieron en vida, cuya fama persistió durante todo el siglo, apenas sea recordado en los tiempos actuales? ¿Cómo explicar que un hombre sobre el cual se publicaron al menos tres biografías, con varias ediciones, no aparezca siquiera mencionado en los textos más difundidos de historia de Chile? Aún no encontramos respuestas categóricas a estas inquietudes, y hay que seguir buscándolas, pero creemos haber realizado una primera aproximación a uno de los personajes más fascinantes y enigmáticos del siglo XIX chileno.

A través de su vida, que la propia historiografía chilena no ha sabido valorar, nos hemos asomado a la cotidianeidad de los santiaguinos de las décadas de 1840 y 1850. También, hemos podido comprobar el funcionamiento de redes de solidaridad que operaban por encima de las distinciones de clase. Por último, el ejemplo de fray Andrés nos proporciona luces para abordar con mayor imaginación y rigurosidad el papel jugado por las personas sencillas, de origen social humilde, a lo largo de nuestra historia.

Santiago de Chile,  
Octubre de 1997.

<sup>64</sup> *Estos versos, recibidos por nosotros en un evento de la Biblioteca Nacional de Santiago, están publicados en un texto del padre Pedro Bustos, cuyos datos de edición desconocemos. Contribuciones Científicas y Tecnológicas, área cs. Sociales y Humanidades, N° 118, abril 1998 45*